

demás regiones alemanas saca los hombres que serán los agentes de su regeneración: Hardenberg, Stein, Scharnhorst... Sin embargo, bajo la exageración misma de sus empresas, el imperio francés se hunde. Después de crueles ansiedades (pues se trata esta vez de su vida), Prusia entra en la coalición, aportando á ella todas sus fuerzas y principalmente todos sus odios. Siendo la más ardiente en la lucha, se muestra también la más ardiente en reivindicar el fruto de la victoria. Los tratados de 1815 le restituyen todos los territorios perdidos, á excepción de algunas provincias polonesas; y le otorgan además parte de la Sajonia, parte de Westfalia y las Provincias renanas. Por este lado viene á ser vecina de Francia, á la cual vigilará en las márgenes del Mosela, en las del Sarre, hasta en los pequeños puestos avanzados de Sarreluis y de Sarrebruck; y es seguro que guardará bien esta frontera, tan persistente es el recuerdo que conserva de sus humillaciones.

Era la revancha de Jena. Por envidiables que fuesen los beneficios, valían menos que las lecciones meditadas en la derrota. Hemos dicho como Alemania, amenazada en su existencia, se había afirmado en su idea de una organización centralizada que garantizase su seguridad. En los pequeños Estados alemanes el proyecto sería aún vago, obscurecido por la abundancia de las controversias, contaminado por las tendencias revolucionarias, viciado por el espíritu de utopía, impotente por la carencia de medios. Aquí aparece la Prusia. Esta es joven, mientras que el Austria está envejecida, y es fuerte, mientras que la Confederación germánica es débil. En sus cuadros elásticos y dispuestos á ensancharse puede abarcar toda la Alemania. Que otros acaricien y prolonguen el sueño: la Prusia positiva y brutal se ha reservado la tarea de encarnarlo.

Este fué para ella el gran trabajo del siglo XIX; trabajo que se realizó más bien por medio de la evolución de las costumbres públicas que por los actos de los gobernantes.

Ya en la escuela los ojos del niño se acostumbraron á contemplar, por cima de la Alemania desmembrada que los tratados habían reconstituido, otra Alemania en que todas las pequeñas divisiones políticas estaban marcadas por una línea casi imperceptible, una Alemania unificada por la lengua, por la similitud de intereses y por la necesidad de hacer frente al enemigo. A esa lección por medio de la imagen se añadía un breve comentario sobre la misión histórica de Prusia para defender la comunidad germánica. En las universidades continuó la enseñanza de la escuela. Cuando el niño fué hombre lo recibieron asociaciones de toda clase: sociedades de canto en que volvían á entonarse los himnos nacionales; sociedades de gimnástica que daban agilidad y vigor al cuerpo; sociedades de tiro que eran una preparación para la profesión de las armas. Las mismas artes, con sus vastas composiciones simbólicas, tan vastas que parecían verdaderas epopeyas, contribuyeron á popularizar la idea de una gran patria. Hasta entonces las trabas de la legislación comercial no habían contribuido poco á aislar los diversos principados: bajo la influencia de Prusia, aquellas barreras desaparecieron: de este modo se creó el *Zollverein*, la unión aduanera, primer paso hacia la unión política. El patriotismo no se mantiene bien si no le estimula el temor

del peligro. En medio de la dichosa paz en que vivía Europa, no era fácil evocar imágenes de guerra. Sin embargo, en 1840, bajo el ministerio Thiers, partieron de Francia algunas palabras belicosas. Estas fueron inmediatamente recogidas allende el Rhin y reanimaron contra el enemigo hereditario los recelos que dormitaban.

Cuidadosa de tener despierto el movimiento nacional, Prusia no atendía menos á disciplinar las fuerzas que le permitirían absorberlo. En ningún país eran más instruidos los ciudadanos, más vigorosos los soldados, más celosos y económicos los funcionarios públicos. No había brillantes eminencias, pero sí una generalidad muy elevada de capacidades y de cultura intelectual; un aspecto general algo gris, sin relieve, enojoso para el extranjero; cierta rudeza de costumbres; una tiesura pedantesca que contrastaba con la urbanidad sajona y la sencillez bávara; pero algo de metódico en el trabajo, de calmoso en la actividad y de perseverante en el esfuerzo; y en todas las clases una firme noción del deber profesional. Estas cualidades, más sólidas que simpáticas, eran precisamente las que habían de asegurar la dominación de Prusia. Los alemanes, acostumbrados sobre todo á pensar, sufrieron el ascendiente de los que sobre todo estaban acostumbrados á obrar. Filósofos y teóricos, confinados en la ciencia pura, iban á encontrarse muy dejados atrás por sus conciudadanos del Norte, filósofos también, pero filósofos utilitarios, que de sus teorías sólo guardaban lo que justificaba sus ambiciones y no admitían al mismo Dios sino como supremo aprobador. Hasta en sus nuevas aspiraciones, los habitantes de los pequeños Estados habían conservado sus antiguas costumbres de vida fácil, de estudios especulativos, de recogimiento apacible en sus viejas ciudades y en su hogar. El poderoso mecanismo de la monarquía prusiana se impondría á la timidez de aquellos habitantes, y ofreciéndoles instituciones hechas, descargarían su pereza. Así iba á arraigar cada vez más la idea de la hegemonía prusiana. Esta preeminencia no iba á fundarse sobre la inclinación ni sobre la comunidad de gustos, sino que más bien iba á resultar de los contrastes: en parte por pereza y en parte por debilidad ó dificultad de resistir, los tranquilos alemanes se entregaron á sus temibles compatriotas, tan dispuestos para la defensa y aun para el ataque, tan provistos de todas las fuerzas que su vieja patria desmembrada no había conocido jamás.

Antes de llegar á la dominación de Alemania, Prusia tuvo, sin embargo, sus días de desfallecimiento. Esto fué poco después de la revolución de Febrero. El Austria, muy debilitada á consecuencia de las agitaciones de 1848, recobró de pronto todo su vigor con un ministro tan osado como intrépido, el príncipe de Schwarzenberg. Este se impuso como programa el detener el creciente desarrollo de su invasora vecina. En 1849, Federico Guillermo IV, más asustado que deslumbrado, rehusó la corona imperial que le ofrecía el parlamento de Francfort. Al intentar realizar algo de ese plan, despojándolo de sus apariencias revolucionarias, tropezó con las resistencias procedentes de Viena. El año siguiente, un conflicto surgido entre el elector de Hesse y sus súbditos puso á los dos grandes Estados alemanes uno enfrente del otro y durante algunos

días se creyó que iba á estallar la guerra. Federico Guillermo IV cedió y por medio del convenio de Olmutz rindió homenaje á Francisco José como lo hubiera hecho un vasallo á un soberano.

Año y medio después murió Schwarzenberg. Pero el impulso de energía que había dado á la política austriaca no se detuvo en seguida. Duramente vuelta al segundo orden, cuando parecía llegar al primero, Prusia recuperó lenta y penosamente el terreno que había per-

habíase hecho soldado para luchar por la independencia de Alemania, y cuando la caída del imperio había devuelto la paz á Europa, había regresado á su patria y llevado en ella la vida laboriosa de los príncipes prusianos, que tan activamente intervenían en los asuntos públicos y sobre todo en los que concernían al ejército. Así vivió mucho tiempo, unas veces en los antiguos Estados de la monarquía y otras en las provincias renanas. Su hermano Federico Guillermo IV, que reinaba



Otón de Bismarck-Schoenhausen

dido. Sin embargo, muchos creían que la unidad alemana correría la suerte de esas catedrales de la Edad media, tan numerosas en tierra germánica y ninguna de las cuales ha sido concluida.

Lo que parecía fracaso no era más que interrupción. Diez años después de la humillación de Olmutz, Prusia encontró todo lo que iba á completar su destino, es decir, un rey bastante ambicioso para elevarse hasta los más grandes designios, un ministro bastante osado para realizarlos y una increíble serie de ocasiones propias para autorizar todas las temeridades.

III

El que había de realzar el imperio germánico era el hijo segundo de Federico Guillermo III y de aquella hermosa reina Luisa que en los días de Tilsitt había solicitado en vano la clemencia del emperador Napoleón. En 1813, cuando sólo contaba diez y seis años,

desde 1840, no tenía hijos, circunstancia que le aproximaba á él al trono. En 1857, en vista de que la inteligencia del rey comenzaba á debilitarse, encargóse provisionalmente de la administración del reino, y cuando aquella debilidad pareció irremediable fué nombrado regente, hasta que en 2 de enero de 1861 la muerte del monarca puso en sus sienes la corona, siendo proclamado con el nombre de Guillermo I.

¿Qué sería el nuevo soberano? Su pasado y lo que de su carácter se sabía autorizaban pronósticos contradictorios. Habíase hecho hombre combatiendo contra Francia; una solicitud llevada hasta la pasión le impulsaba hacia las cosas militares; y nada le complacía tanto como que le recordaran que era uno de los más viejos soldados de Europa. Además, todas las tradiciones de su raza evocaban á sus ojos imágenes belicosas, y para que en él se reavivara en toda su aspereza el patriotismo prusiano, no había de hacer más que bajar al subterráneo de Charlottenburgo, en donde estaba el mau-

soleo de su madre, muerta en otro tiempo en medio de la humillación y de la derrota. Por otra parte, aunque en 1848 se le hubiese considerado como campeón de la resistencia, decíase que era accesible á las ideas modernas. El año anterior habíase encontrado con Napoleón en Baden, y aquella entrevista había parecido presagio feliz para las relaciones futuras con Francia. Los que le habían tratado de cerca encomiaban su graciosa amenidad y sus humanitarios sentimientos, y decían que su conciencia era muy escrupulosa y tenía hasta cierto matiz de timorata. A todo esto se agregaba una consideración tranquilizadora, cual era la de que el rey que acababa de subir al trono tenía sesenta y tres años, y aunque dotado de notable vigor físico, estaba ya en aquellos momentos de ocaso en que los príncipes, aun los más resueltos, se muestran menos ávidos de conquistas que de reposo.

Estas apreciaciones contradictorias subsistían todavía cuando se hicieron públicas en Europa las primeras palabras del monarca, que resonaron con acento extrañamente belicoso. En su manifiesto á su pueblo, Guillermo I recordó la «gloriosa serie de soberanos á quienes Prusia debía su grandeza y que habían hecho de ella el símbolo de Alemania,» y añadía: «Conservaré fielmente el legado de mis mayores...; el destino de Prusia no es vivir disfrutando de los bienes adquiridos... ¡Ojalá pueda yo, con la ayuda de Dios, conducirla á nuevas glorias!» Muy parecido á este fué el lenguaje empleado algunos días después por el soberano al dirigirse á los diputados reunidos en la *Sala Blanca* del palacio real, á quienes habló de las cuestiones danesas, de la Constitución, de la integridad de los territorios alemanes, y en una palabra, de todo aquello que podía ser causa de preocupación, y repitió lo que ya había dicho en su primer llamamiento á sus súbditos, á saber, que la confianza en el reposo de Europa estaba quebrantada. «El rey Federico Guillermo, dijo, nos ha abandonado en tiempos muy graves;» y razón tenía el nuevo monarca en hablar de esta suerte, porque pocas arengas como aquella habrían bastado para que apareciera muy revuelto el horizonte.

Todo esto no era más que palabras; pero no tardaron en sobrevenir los hechos y casi puede decirse que las habían precedido. En 1860, aun antes de la muerte del difunto rey, habíase elaborado un proyecto que, fundándose en el aumento de población y en el servicio obligatorio, elevaba desde 40.000 á 63.000 hombres la recluta anual, es decir, absorbiendo todo el contingente y ampliando además la duración del servicio activo. El objeto de esta disposición era crear un ejército regular formidable y del todo independiente de la *Landwehr*, la cual en lo sucesivo había de constituir simplemente un organismo de segunda fila. En vista de lo mal que habían sido acogidas sus proposiciones, el gobierno no estimó necesario que sus planes de reorganización hubieran de subordinarse al juicio de los diputados, y comenzando por sí mismo su obra, procedió por propia iniciativa á ciertas formaciones de regimientos; mas como estas medidas, aunque parciales, requerían la sanción de la Cámara, á causa de los gastos que habían de exigir, ya en 1861 se inició el conflicto, que se acentuó al año siguiente, cuando, disuelta la representación nacional, los electores volvieron á enviar á Berlín una nue-

va mayoría hostil, como la anterior, á los proyectos militares. A pesar de que estos incidentes se referían principalmente á la política interior, Europa recogió el eco de los mismos con una curiosidad que tenía algo de inquietud, juntando todos los indicios, tales como los belicosos discursos del rey, los recientes proyectos destinados á aumentar los efectivos y el lenguaje de los publicistas que invocaban cada vez más la misión histórica de Prusia y cada vez más hablaban de *nacionalidades*, palabra vaga, vacía y sonora como lo son generalmente todos los gastos de guerra. Sin embargo, Guillermo I tenía, según se afirmaba, un carácter algo indeciso y ambicioso, pero con alternativas de aprensión y casi de arrepentimiento. Ciertamente que las reformas militares le inspiraban gran interés, pero ¿se atrevería á romper, aunque fuese para este objeto, la armonía entre el pueblo y él? En esto subió al poder el ministro poderoso que con una osadía sumamente hábil había de empujar á su soberano y de dejar muy atrás las más ambiciosas miras de Federico II.

En 24 de septiembre de 1862 entró el Sr. de Bismarck-Schoenhausen á formar parte de los consejos del rey Guillermo; esta fecha resulta memorable en la historia. Aunque esta es la primera vez que tal nombre aparece en nuestro libro, es inútil hacer el retrato de aquel personaje, porque bien grabado está en la memoria de todos los contemporáneos. Todo el mundo conoce la carrera de ese hombre extraordinario, su nacimiento en una familia de antigua alcurnia, su infancia en el castillo de Schoenhausen, su ruidosa juventud en Goettinga y en Berlín, su rápido paso por la modesta burocracia civil, sus años de vida rural y, finalmente, su ingreso en las asambleas públicas, en donde se manifestó tal como fué en sus primeros años, es decir, como hidalgo feudal, reaccionario provocador, ansiando la ostentación del mismo modo que otros la evitan, y consiguiendo en verdad el objeto que se proponía, puesto que de cuantos le conocieron en aquella época ninguno ha podido olvidarlo. En 1851 entra en la diplomacia y es representante de Prusia en la Dieta germánica, dibujándose ya entonces el primer diseño de lo que un día llegará á ser. Llega á Francfort imbuído de sus preocupaciones retrógradas, envidioso de Austria, como debe serlo todo buen prusiano, pero aún más respetuoso de las tradiciones por Austria representadas, y apenas en su puesto discierne las intrigas del gobierno de Viena, atento á sacar provecho de todas sus relaciones en los Estados del Sur y aun del Norte, que oprime á la Alemania meridional con todas las influencias ultramontanas, multiplica los agentes extraoficiales y denuncia, aunque de un modo encubierto, las ambiciones de Prusia. A este agravio de carácter general se añaden los procedimientos altaneros, los modales amanerados, los aires de superioridad de una gran potencia que todavía se cree soberana en Alemania, y no ve en su vecina de Berlín más que una vasalla, algo mayor que las demás. En este contacto irritante, la envidia gasta el respeto y no tarda en destruirlo. Bismarck á su vez denuncia al Austria, atribúyete todas las habilidades que tiene y algunas más que él se inventa, y con el tiempo su lenguaje se agría y exaspera: «En los siete años que va á hacer desde que ejerzo aquí mis funciones, escribe en 14 de marzo de 1858, he sostenido una lucha incesante contra con-

tinuas tentativas para explotar la Confederación en provecho de Austria y en detrimento de Prusia. Podría darme tan buena vida como mi predecesor y, siguiendo el ejemplo de la mayoría de mis colegas, comprar, á costa de una alta traición apenas perceptible, agradables relaciones y la reputación de colega conciliador; pero no consentiré tal cosa, y por esta razón acabarán por considerarme quimerista todos los que ignoran cómo se tratan los asuntos en Francfort.» «Sólo un observador francfortense es capaz de comprender la altivez austriaca (1).» Esta Austria es la nación que hay que relegar al Sur y que excluir tal vez de la Confederación, substituyéndola por la Prusia: tal es la enseñanza que de Francfort se lleva Bismarck. Hasta entonces, sin embargo, sólo ha estudiado la Alemania; pero su buena suerte le conduce á lugares en donde se completará admirablemente su educación política. En efecto, es nombrado embajador en San Petersburgo y luego en París, es decir, en los dos Estados que más le conviene conocer: en la capital de Rusia se hace suyos, hablando mal de Austria, á los que pronto serán sus cómplices; en la de Francia observa, bien que colmándole de halagos, á los que más adelante serán sus enemigos.

En París se encontraba cuando fué llamado para encargarse del poder; cuarenta y ocho años tenía entonces, es decir, que se hallaba en plena madurez. Y en verdad que habría menester de todas sus fuerzas, tan grandes serían las dificultades con que tendría que luchar, dificultades promovidas unas por el país y otras por la Cámara. El mismo rey que había determinado el conflicto parlamentario ¿no se cansaría algún día de esta situación? Dada la magnitud de la tarea, el nuevo presidente del consejo inspiraba muy poca confianza, pues se recordaban sus primeros actos en las asambleas y las ostentaciones de su celo reaccionario, y aunque se sabía que era hombre de talento, de imaginación brillante, audaz y paradójico, ¿acaso estas tendencias y hasta estas cualidades no eran indicios de temeridad tanto como de sabiduría? Diríase que se había escogido á Bismarck para un experimento, á reserva de desembarazarse de él si resultaba demasiado peligroso, dejándole la responsabilidad del fracaso. Así opinaba el público alemán y también el público europeo, que sentía curiosidad por ver cómo aquel hombre osado se saldría de una situación tan difícil y que estaba preparado para criticar minuciosamente su conducta, para admirarle si se portaba bien y más aún para saludar con silbidos su caída.

El poder generalmente engrandece á aquellos á quienes no aplasta. El jefe del gabinete imprimió desde el primer momento en todos sus actos un sello personal, aunque comenzando por contener y hasta moderar su lenguaje, como si quisiera desorientar á los que de antemano denunciaban su carácter provocador. En el entretanto, el conflicto entre los representantes del país y la Corona había llegado á su período agudo: la Cámara había rechazado los aumentos de gastos militares incluidos en el presupuesto de 1862, y el gobierno, por su parte, había mantenido su proyecto y encontrado un apoyo en la Cámara de Señores, la cual no sólo había rechazado las reducciones realizadas por la representa-

ción nacional, sino que además habíase envalentonado hasta el punto de reproducir por su cuenta y votar el presupuesto primitivo formado por el ministerio. Estas resoluciones dividían claramente el país en dos partidos; de un lado, la realeza apoyada en la alta Cámara; de otro, la asamblea salida del voto popular. Durante las vacaciones de otoño, muchos diputados al regresar á sus provincias fueron acogidos en ellas con ovaciones que les tributaron sus electores; en cambio el rey recibió algunos mensajes exhortándole á perseverar en su política. En medio de esta confusión comenzó el año 1863. Reanudadas las sesiones legislativas, los debates del Mensaje dieron materia para una porción de acusaciones contra los consejeros de la Corona; entonces fué cuando reapareció Bismarck, quien, prescindiendo ya de toda contemplación y empleando un lenguaje irónico y un tanto insolente, negó que la Constitución hubiese sido violada y protestó enérgicamente contra las pretensiones de la Cámara que tendían nada menos que á paralizar á la vez la monarquía y la Cámara de los Señores. «Si sólo vosotros tuvierais el derecho de fijar el presupuesto, añadió; si tuvierais el derecho de determinar la cifra y la organización del ejército, seríais los amos del país.» Y llegando hasta la amenaza, terminó su discurso con estas palabras: «La dinastía prusiana aún no ha cumplido su misión y de ningún modo puede convenirle figurar como vano adorno en el edificio parlamentario que pensáis fundar.» De esta manera afirmaba Bismarck su voluntad de continuar los gastos, á pesar del *veto* de la representación nacional; y como lo dijo lo hizo.

Este ardor por aumentar los recursos militares no revelaba un príncipe pacífico; y no era menos curioso observar que en el lenguaje del rey se mezclaban las inspiraciones místicas con los arrebatos bélicos. Con una obstinación que parecía sincera, evitaba toda violación de las leyes constitucionales: era la Cámara la que llevaba la perturbación al país. Contestando poco tiempo antes á un mensaje, había dicho Guillermo I: «El año pasado tomé la corona en el altar; con humildad la recibí de Dios y con humildad quiero llevarla; pero no quiero que el poder real se vea atacado por sus adversarios.» «Se quiere disminuir el ejército, repeta el soberano; sin embargo, el país necesita de él.» La verdad es que por singular contradicción el mismo partido que rechazaba los gastos militares no cesaba de invitar á Prusia á que realizara en provecho suyo la unidad alemana. A todo esto, vino un aniversario muy á propósito para despertar, á lo menos entre nosotros, recelosas reflexiones: en 1863 cumplíanse cincuenta años de la época memorable en que Alemania había entrado en la liga contra Napoleón, y el rey quiso que fecha tal se celebrara con regocijos extraordinarios, banquetes, discursos patrióticos, recompensas en favor de los veteranos de las grandes guerras y erección de un monumento en honor de Federico Guillermo III. En los tiempos siguientes adoptáronse varias medidas restrictivas, especialmente contra la prensa, como habría podido hacerse ante la inminencia de una crisis. Esto no obstante, el conflicto parlamentario seguía en pie, agravado por altercados personales entre la Cámara y los ministros. El rey, firme en su obstinación, decretó de nuevo la disolución de la Cámara y de nuevo

(1) *Correspondance diplomatique* de M. de Bismarck, tomo II, págs. 307-314, 316.

el país, no menos tenaz, envió á Berlín una mayoría hostil al gabinete.

Decididamente Prusia, á fuerza de agitarse á sí misma, amenazaba agitar á Europa. ¿Qué quería el gobierno de Berlín? Y sobre todo, ¿quién era ese Sr. de Bismarck que de repente se había conquistado una celebridad tan ruidosa? En Francia todo aquello no producía perturbación alguna, y en cuanto á aquel personaje que con tanta facilidad se desembarazaba de los diputados, resultaba un personaje de todo punto divertido. Por otra parte, ¿por qué habíamos de sentirnos perturbados? Hacía poco, el rey Guillermo había ido á Compiègne y se había mostrado muy solícito, y todavía se escuchaba el eco de sus palabras acariciadoras. En Austria la opinión no se manifestaba tan optimista, y no faltaba quien denunciara ya la actitud agresiva del hombre de Estado prusiano, á quien se acusaba de querer extender su influencia por toda la Alemania del Norte, y á quien, por encima de todo, se juzgaba comprometedor é insidioso. En marzo de 1863, el Sr. de Rechberg decía á nuestro embajador, el Sr. de Gramont: «He recomendado al conde Karolyi, nuestro enviado en Berlín, que sea muy parco en entrevistas y conversaciones con el Sr. de Bismarck, porque éste sabe sacar partido de las circunstancias más insignificantes para desnaturalizar su carácter y hacerlas redundar en beneficio de sus proyectos (1).» Todas las personas que habían conocido al jefe del gabinete de Berlín en sus residencias diplomáticas, en Francfort, en San Petersburgo y en París, eran objeto de curiosos interrogatorios, á los que aquéllos respondían casi del mismo modo: Bismarck había en todas partes asombrado y deslumbrado á sus colegas por la riqueza de sus combinaciones, por la abundancia de sus ideas, por la prontitud de sus agudezas y por la libertad de sus juicios. Lo que más sorprendía en él era una extraordinaria indiscreción de lenguaje que llegaba á desconcertar y que lo mismo podía ser refinamiento de habilidad que extremada franqueza. Su figura atraía invenciblemente las miradas y los ojos que una vez se fijaran en él no podían dejar de contemplarlo. Tales eran las apreciaciones que se formulaban, pero no pasaban de aquí y las más de ellas no osaban aventurarse á pronosticar el porvenir. ¿Sería aquel personaje un hombre de Estado perseverante y afortunado, como había sido un diplomático original? ¿Asombraría algún día al mundo con sus actos ó se concretaría á distraerlo con su ingenio y

(1) Correspondencia inédita del duque de Gramont.

escandalizarlo con sus atrevimientos? ¿Pasaría como un meteoro? ¿Se impondría, por el contrario, á su rey y á su país?

Nadie lo sabía entonces y nadie lo habría sabido jamás si las circunstancias no hubiesen venido oportunamente á poner en evidencia al que entonces se hallaba en los comienzos de su fortuna. Esta es la ocasión de admirar cómo en aquella historia de la grandeza prusiana, tan cruel para nosotros, colaboraron juntamente los acontecimientos y los hombres en la elevación del pueblo que tan alto había de subir. ¿Cuánto tiempo no habría necesitado Prusia, después de la humillación de Olmutz, para desembarazarse del Austria é imponerse á Alemania, si no hubiese surgido Guillermo I en quien se encarnaban todas las aspiraciones de su dinastía? ¿Y Guillermo I no se habría desalentado desde un principio, sea por indecisión ó por escrúpulos, sea por falta de recursos ó de genio, si no hubiese tenido á su lado á Bismarck? ¿Y, finalmente, Bismarck no habría tenido que luchar con la impotencia si el estado de perturbación en que se encontraba Europa no hubiese favorecido, y en un grado increíble, el desenvolvimiento de sus planes? Dos grandes complicaciones estallaron en la Europa meridional en aquel año de 1863, la *revolución polaca* y la *cuestión de los ducados daneses*, y nunca se ponderará bastante la influencia que estos acontecimientos, aun el primero, ejercieron en los destinos de Prusia: fueron para Bismarck los dos favores insignes que le otorgó la fortuna y sin los cuales su genio no hubiera podido desenvolverse libremente. La insurrección polaca fué la ocasión maravillosa que aseguró á Prusia el apoyo moral de Rusia frente del Occidente; y la cuestión de los ducados daneses fué el ensayo en un campo pequeño de todo lo que luego había de representarse en un teatro grande. Vistos á distancia y en el porvenir, que sólo distinguirá las cimas de las cosas, estos dos episodios (aun el primero, lo repito) se fundirán en el conjunto de las transformaciones que, trastornando el Nordeste de Europa, han consagrado la preponderancia prusiana, y serán como el prefacio de esta preponderancia, prefacio tan estrechamente adherido al libro que será imposible separarlo de él. Antes de abordar el gran conflicto austro-prusiano, causa y preludio de nuestras propias desgracias, es interesante conocer las desdichas de Polonia y las de Dinamarca: en los relatos de las mismas no siempre aparecerá Bismarck, pero en definitiva todo se derivará de él y él dominará todo el drama, aun en los momentos en que se agitarán en primer término actores secundarios.

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO

LA INSURRECCIÓN POLACA

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Polonia en el Congreso de Viena en tiempo de Alejandro I y de Nicolás.—Qué sentimiento despertaba Polonia en Europa y especialmente en Francia.—El advenimiento de Alejandro II; esperanzas defraudadas; primeras señales de irritación.—Las manifestaciones pacíficas: su carácter; la *nación de luto*: concesiones y represión.—Medida relativa al reclutamiento; cómo se ejecuta; estalla la insurrección.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Por qué la cuestión polaca puede interesar á los contemporáneos.—Cómo entra Bismarck en escena; misión del general Alvensleben en San Petersburgo: *tratado del 8 de febrero*.—Impresión en Londres, en Viena y en París: proyecto de nota idéntica y cómo es desechado: de qué modo se apacigua el incidente: razones por las cuales merece ser recordado.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Disposiciones del gobierno imperial respecto de Polonia: reserva que le imponían sus relaciones cordiales con Rusia; con qué cuidado se abstiene el emperador de excitar la opinión pública y de alentar á los polacos: cómo persevera en esta actitud aun después de la medida de reclutamiento.—Actitud menos reservada de Inglaterra y proposiciones que llegan de Londres.—Repugnancias persistentes de Francia á formular reclamaciones oficiales.—Discusión en el Senado: discurso del Sr. Billault.—Napoleón parece haber acariciado en aquel entonces el plan de una política más activa que podía ser causa de la guerra: entrevista del Sr. de Rechberg y del duque de Gramont: el príncipe de Metternich en Viena: resultado de estas negociaciones.—Napoleón tiene que formular, á pesar suyo, reclamaciones oficiales: cómo le obligan á ello el estado de Polonia y el de la opinión pública en Francia.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—La campaña diplomática: primera amonestación: opinión de Gortschakoff y del mismo zar: cuál es la respuesta del Canciller.—Negociaciones de las tres potencias con miras á una nueva intervención; esfuerzos combinados entre San Petersburgo y Berlín para apartar al Austria de la alianza occidental y fracaso de estos esfuerzos.—Segunda amonestación: los *seis puntos*: réplica de Gortschakoff; su contraproposición: irritación en París y en Londres; circunstancias un tanto críticas.—Tercera amonestación: altanería con que el gobierno ruso pone término á la discusión.
- V.—Últimos esfuerzos en favor de Polonia: ¿se reconocerá á los polacos como beligerantes? Proyecto de Congreso (5 de noviembre de 1863): cómo es acogido este proyecto: despacho de lord Russell.—Fin de la insurrección.—Qué se han hecho nuestras simpatías polacas: influencia que los sucesos de Polonia han ejercido sobre la política general de Europa: de qué modo favorecieron estos sucesos los propósitos de Prusia.

I

El tratado de Viena había consagrado el reparto de Polonia, pero á disgusto y como con remordimiento, pues aun manteniendo la iniquidad, hubiérase querido disimularla á los ojos del mundo y desarmar á las mismas víctimas. Estas ideas de reparación, tímidas y parciales, fueron consignadas en el acta final del Congreso. El zar, dueño del gran ducado de Varsovia, debía adoptar el título de rey de Polonia.

Al reino, que así se denominaba al gran ducado, se le dotó de un gobierno autónomo; establecióse en él una Dieta compuesta de dos Cámaras que habían de reunirse cada dos años durante treinta días; proclamóse la libertad de imprenta y se decretó la organización de un ejército nacional. Tal era en sus rasgos principales la Constitución de noviembre de 1815.

Pero este feliz acuerdo duró muy poco; la Dieta se reunió en 1818 y 1820, y después, cuando la Constitución comenzó á caer en desuso, sólo fué convocada dos veces con intervalos de cinco años. En el entretanto, Nicolás había sucedido á Alejandro; la prensa fué más rigurosamente vigilada y la policía general volvióse más quisquillosa, al propio tiempo que las sociedades secretas, propagándose por todo el reino, atraían á todas las almas inquietas ávidas de movimiento, y á todas las

almas ardientes ansiosas de una regeneración nacional. Así estaban las cosas, cuando se tuvo noticia de la revolución parisiense de 1830, noticia que causó agitación grande, bien que de momento contenida. En la noche del 29 de noviembre estalló una conjuración en Varsovia: Nicolás se obstinó en la defensa íntegra de sus derechos soberanos y los insurrectos en el logro de sus esperanzas de una completa independencia, y la Dieta, reconstituída, proclamó la caída de los Romanoff y creó un gobierno provisional. Lo que empezó por motín acabó en guerra, y guerra sin cuartel. Los polacos tuvieron sus días de gloria en Grochow y luego sus largos días de luto y sus divisiones aumentaron las probabilidades de triunfo de sus enemigos. La lucha se prolongó diez meses, con toda clase de episodios heroicos y atroces. Nada pudo vencer la constancia de los insurrectos, ni las nieves del invierno, ni los ardores estivales, ni la superioridad numérica aplastante de sus adversarios, ni el cólera que acababa con todo aquello que había respetado el fuego de los rusos; hasta que al fin los soldados del zar, llevando sus ataques á la orilla izquierda del Vístula y acosando cada vez más de cerca á sus enemigos, llegaron á los arrabales de Vola y de Czysté. El 8 de septiembre de 1831, los rusos entraron en la capital polaca: «Señor, escribía Paskiewitch, Varsovia está á vuestros pies.»